

The cover features a white background with numerous small, colorful spheres scattered across it. Each sphere is decorated with different patterns of stripes in various colors, including red, green, blue, yellow, and purple. The spheres are arranged in a way that they appear to be floating or scattered, with some clustered together and others isolated. The overall aesthetic is bright and festive.

Anna Gavalda
Una vida mejor

Seix Barral

Índice

PORTADA	
DEDICATORIA	
MATHILDE	
PRIMER ACTO. 1	
2	
3	
4	
5	
6	
7	
8	
9	
10	
11	
12	
13	
14	
15	
16	
SEGUNDO ACTO. 1	
2	
3	
4	
5	
INCISO. 1	
2	
3	
4	
TERCER ACTO. 1	
2	
3	
4	
5	
CUARTO ACTO. 1	
2	
3	
4	
5	
6	
ÚLTIMO ACTO. 1	

2

3

YANN

UNO, EL HUEVO

DOS, LOS PARÁSITOS

TRES, LAS GALLETAS

CUATRO, LA MARQUESA

CINCO, LOS MICROONDAS

SEIS, EL JALEO

SIETE, EL BAJÓN

OCHO, LA VERGÜENZA

NUEVE, LA TRAVESÍA

DIEZ, LA OTRA ORILLA

ONCE, EL HORIZONTE

DOCE, TIERRA FIRME

NOTAS

CRÉDITOS

¡ENCUENTRA AQUÍ TU PRÓXIMA LECTURA!

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Com-
parte

A Marianne

MATHILDE

PRIMER ACTO

1

Un café cerca del Arco de Triunfo. Me siento casi siempre en el mismo sitio: al fondo a la izquierda, detrás de la barra. No leo, no me muevo, no consulto el móvil, sólo espero a alguien.

Espero a alguien que no vendrá y, como me aburro, miro caer la noche sobre L'Escale de la place de l'Étoile.

Últimos compañeros de trabajo, últimas copas, últimos chistes malos, calma chicha durante cerca de una hora y París se despereza por fin: los taxis rondan, las chicas altas se dejan ver, el dueño baja las luces y los camareros rejuvenecen. Ponen una velita en cada mesa —una de mentira, tiembla pero no se derrite— y me acucian discretamente: tengo que seguir bebiendo o marcharme.

Sigo bebiendo.

Es la séptima vez, además de las dos primeras, que vengo a esta charca a saciar mi sed al anochecer. Lo puedo decir con precisión porque he conservado todos los tiques de caja. Al principio me imagino que por llevarme un recuerdo, por costumbre o por fetichismo, pero ¿y hoy?

Hoy reconozco que es para agarrarme a algo cuando meto la mano en el bolsillo del abrigo.

Si existen esos trozos de papel es la prueba de que... de que ¿qué, a ver?

De que nada.

De que la vida es cara cerca de la tumba del soldado desconocido.

2

La una de la madrugada. Otra vez nada. Me vuelvo a casa.

Vivo cerca del cementerio de Montmartre. Nunca había andado tanto en mi vida como ahora. Antes tenía una bici —llamada Jeannot—, pero la perdí el otro día. No sé cuándo exactamente. Después de una fiesta en casa de una gente a la que no conocía, por la estación de Saint-Lazare, creo.

Un chico me llevó a su casa. Mientras iba de su brazo estaba contenta, pero una vez en su cama ya no. La caja del gato, el estampado del edredón, el cartel de *El club de la lucha* encima de su cama de Ikea, yo... no era capaz.

Esa noche aguantaba el alcohol mejor de lo previsto.

Era la primera vez que me ocurría, escaquearme así y que se me pasara el pedo de repente; fue una señora decepción. Con lo que me hubiera gustado. Sí, me hubiera encantado distraerme un poco. Eso me molaba. Y hay cosas peores que Brad Pitt y Edward Norton de sujetavelas. Pero, en fin, el cuerpo me traicionó.

¿Cómo era posible?

Mi cuerpo.

Con lo bien que se portaba siempre...

En ese momento me hubiera negado a reconocerlo, pero esta noche, después de tantos kilómetros de caminatas solitarias, y de este vacío, y esta nada, y esta carencia, y esta carencia de todo, en todas partes, a todas horas, me rindo: era él.

Era él, mi cuerpo, el parásito, y su labor de zapa se manifestaba por primera vez entre esas horribles sábanas.

A descubierto, decepcionada y arrinconada, rumiaba mi perplejidad cuando oí una voz pastosa que decía para tranquilizarme:

—Oye..., aun así te puedes quedar, ¿eh?...

Si hubiera tenido una escopeta a mano, le habría apuntado a la cabeza.

Por ese «aun así», por ese desprecio, por ese favor concedido *in extremis* a la imbécil que no se la había chupado.

Pum.

Temblaba. En las escaleras, en la calle y mientras buscaba la bici en todas las farolas. Temblaba de rabia. Nunca antes me había sentido de esa manera.

La boca me sabía a vómito y escupía para librarme del sabor.

Como soy incapaz de echar un lapo digno de ese nombre, lo que hacía era llenarme de babas la manga y mi bonito pañuelo, y así tenía que ser, porque ¿cómo explicar si no tanto odio?

Estaba viviendo lo que me merecía, y vivía... aun así.

3

Me llamo Mathilde Salmon. Tengo veinticuatro años. Oficialmente, todavía soy estudiante de Historia del Arte (mentira cochina), pero en la vida real trabajo para mi cuñado. El rico, el guapo, el guay. El que se toca las narices todo el santo día y nunca lleva corbata. Dirige una gran agencia de creación digital para proyectos de diseño, *branding* y desarrollo en internet (os lo traduzco: si tenéis mercancía y queréis venderla on-line, él os diseñará un bonito escaparate y todo el recorrido hasta los terminales, seguros, de pago), y me contrató, perdón, me corrompió, el año pasado.

Él necesitaba mercenarios, y yo, un poco de dinero extra; era la noche de mi cumpleaños, y nos pusimos de acuerdo con un brindis. Como contrato de trabajo los he visto peores.

Por ser estudiante tengo derecho a numerosos descuentos en el cine, en los museos, polideportivos y comedores universitarios, pero como paso la mayor parte del tiempo delante de una pantalla, me estoy embruteciendo y me gano demasiado bien la vida para volver a esos comedores, resulta que ya no los disfruto casi nada.

Trabajo en casa a mi ritmo y en negro, tengo mil nombres, mil direcciones electrónicas, mil seudónimos y otros tantos avatares, y estoy el día entero redactando comentarios inventados.

Imaginaos al revisor del metro de la Porte des Lilas, pues es exactamente lo mismo. Escribo tantos que podría cantarlos:

*J'fais des com', des p'tits com', encore des p'tits
com',
Des com' d'seconde cla-a-ss-eu,
Des com' d'première cla-a-asse...*

Me dan listas con tropecientas páginas web, seguidas de la mención «poner verde» o «*praise only*» (en el mundo digital, cuando algo mola, siempre se dice en inglés), para hundir y redirigir a clientes potenciales, y luego ofrecerles, pero sólo después de que las hayan pasado canutas, mogollón de opiniones positivas en los foros de discusión y la mejor referenciación posible en Google.

Os pongo un ejemplo: la empresa *Superyoyo.com* fabrica y comercializa *superyoyós*, pero resulta que su página web es de lo más cutre, como de ello dan fe todos los comentarios desagradables escritos, publicados, droppeados, compartidos, bloqueados, vistos, tuiteados, pokeados, hashtaguados, requestados, boardados, dislikeados, desloliados o chateados aquí y allá por *Micheline T. (menda)*, *Jeannot41 (menda lerenda)*, *Choubi_angel (yo misma)*, *Helmutvonmunchen (Ich)* o *NYUbohemiangirls (me and myself)*. Entonces a los de *Yoyoland* les entra el agobio padre. Al final, el señor y la señora *Yoyó*, a los que se ha informado de las hazañas de mi cuñado mediante una estratagema tan retorcida como ingeniosa (pero demasiado larga como para explicarla aquí, aparte de que no tiene el más mínimo interés), se vienen abajo por completo y le suplican: necesitan a toda costa una página web nuevécita. ¡Sí, sí, sí! ¡Es cuestión de vida o muerte para la empresa! Entonces él, magnánimo, después de hacerse mucho de rogar, acepta ayudarlos y, tres semanas más tarde, oh, ¡milagro!, cuando tecleas «yo» o «yoy» en el buscador, te mandan directamente a *Yoyoland* (aún no lo hemos conseguido tecleando sólo «y», pero nos lo estamos currando a saco), y, oh, ¡milagro otra vez!, *menda compra diez de cada para sus seis nietos*; jubiloso, yo asegura que lo comentará en todos los foros de su-

peroyós del mundo; menda lerenda dice ¡¡¡es la caña!!!, Ich querrrrría inforrrrmación parrra ser distribuidorrr de yo-yós, y me and myself está soooo excited coz yoyos are sooooo french.

Resumiendo, que a eso me dedico: redacto comentarios. Y mi cuñado, desde su lujoso caserón del distrito XVI de París, busca nuevas vías de diversificación para su negocio.

Es un falso chollo, ya lo sé. Más me valdría terminar (empezar) mi tesina de máster titulada «De la reina Guillermina de Holanda a Paul Jouanny: historia y diseño de las caravanas de acuarelistas y otras *roulottes* para pintores al aire libre» (toma ya, ¿verdad?) o ponerme a pensar seriamente en mi futuro y en mi jubilación, pero, ay de mí, he perdido la fe por el camino y ya sólo pienso en vivir al día y disfrutar del aire libre yo también.

Dado que es todo mentira... Dado que son todo comentarios falsos... Dado que los polos se están derritiendo, que por fin han indemnizado a los banqueros, que los agricultores se ahorcan en sus silos y que arrancan los bancos públicos para que no se puedan sentar los vagabundos... Francamente, ¿para qué molestarme en labrarme un porvenir en un mundo así, eh?

Para olvidarme de todo eso, entro en el juego de mi cuñado y de Larry Page: me paso el día mintiendo y la noche bailando.

Bueno..., lo de bailar era antes. Ahora pierdo el apetito y el tiempo a la luz de la luna mientras espero a un chico que ni siquiera sabe que lo espero.

Es que no hay por dónde cogerlo.

De verdad, hay que ~~estar colgada~~, hay que ser ~~pringa~~ ~~da~~ boba para haber llegado a esto.

4

Pauline y Julie D., las dos chicas con las que comparto un piso de 110 m² en la rue Damrémont, son gemelas. Una trabaja en banca, y la otra, en temas de seguros. *Rock'n'roll attitude* en estado puro, vamos. No tenemos nada en común, y ése es precisamente el secreto de nuestra armoniosa convivencia: yo estoy en casa cuando ellas no están, y cuando vuelven, ya no estoy.

Ellas llevan las cuentas, y yo me encargo de recibir los paquetes que llegan a su nombre (chorradas que compran por internet), yo traigo los cruasanes del desayuno, y ellas bajan la basura.

Es el no va más.

Las encuentro a las dos un poco bobas, pero me alegro mucho de haber superado su casting. Organizaron una serie de entrevistas en plan *En busca de la nueva compañera de piso casi perfecta* (Dios mío..., no te lo pierdas..., otro episodio inolvidable de mi loca juventud...) y yo fui La Elegida. Aunque nunca he entendido muy bien por qué. En esa época era vigilante, qué digo vigilante, ¡agente!, ¡agente de vigilancia!, en el museo Marmottan, y creo que la influencia del bueno de Monet obró en mi favor: una chica aseadita que pasaba tanto tiempo entre los *Nenúfares* tenía que ser respetable a la fuerza.

En fin, lo que os decía, que son un poco bobas.

Si están viviendo en París es porque no tienen más remedio de cara a su currículum. No les gusta nada y sueñan con regresar a Roubaix con su papá, su mamá y su enorme